

EDITORIAL

EL MENSAJE DE MEDELLIN

Como resultado final de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, se ha hecho público un mensaje, dirigido "a los pueblos de nuestro Continente", que reproducimos en otro lugar de este número de "ECA".

En él se sintetizan las ideas expuestas por los ponentes durante el curso de las reuniones tenidas en Medellín (Colombia), así como las que se contenían en el llamado "Documento de Base", preparado cuidadosamente durante mucho tiempo para esta ocasión y en el que se hace un minucioso estudio de la realidad de nuestros países.

A través de una redacción seria y mesurada, se adivina el esfuerzo hecho por la Iglesia Latinoamericana para conocer la situación real y las necesidades de sus fieles, y para hallar el camino que el Espíritu Santo le señala en esta hora crucial. Cualquier lector atento del mismo puede darse cuenta de la resolución y valentía con que ha sabido enfrentarse a los diversos problemas que requieren una acción rápida y eficaz.

Es cierto que la Iglesia —lo reconoce explícitamente— no tiene soluciones técnicas y remedios infalibles para los mismos. Pero ello no quita que, como Madre de tantos hijos fieles, quiera acercarse a sus hijos, sentir sus problemas, percibir sus angustias y colaborar con otros organismos en las posibles soluciones que se intenten.

Y todo ello "por fidelidad al plan divino operante en el amor redentor de Cristo", y para "responder a las esperanzas puestas en la Iglesia".

Acaso algunos esperaban que hubiera adoptado una postura más decidida en el problema de la violencia, y se sientan defraudados (véanse las declaraciones anteriores a Medellín de muchos Obispos y sacerdotes, reproducidas en este número de "ECA"). Pero, esta actitud la hubiera enfrentado a la postura adoptada por Pablo VI en su discurso de Bogotá, en el que afirmó que la violencia no es evangélica ni cristiana, y es además dudoso que una declaración explícita sobre la licitud de la violencia pudiera servir para otra cosa que para aumentar el confucionismo actual.

Tal vez el instrumento que pudiera tener más viabilidad práctica sería ese "movimiento de presión moral liberadora", lanzado en el Brasil por Mons. Helder Cámara con otros 32 Obispos, y que pretende movilizar la opinión pública en favor de los marginados, pero por medios no violentos, movimiento que recuerda en cierto modo al iniciado por Luther King en EE. UU.

Faltan por conocerse las Conclusiones definitivas aprobadas en Medellín y en Roma y que aún no se han hecho públicas, para poder medir con mayor exactitud el alcance de esta toma de posición en este y en otros problemas semejantes.

Es indudable que este encuentro ha producido una mayor solidaridad entre los Obispos del Continente y ello llevará también a conseguir un fortalecimiento de la conciencia cristiana colectiva de nuestros pueblos. Todo hará falta para poner por obra con renovado entusiasmo las resoluciones adoptadas.